

Que nuestro mal causaron,
Sobre aqueste retrato venerable,
Sobre aquestos cadáveres juremos.»
Sobre ellos guerra y destruccion juraron.
«Corramos, sus, y que tomar se vede
Hasta que Francia un páramo espantable
Y á nuestras plantas el tirano quede.
—Corramos, á una voz todos dijeron,
Las armas prevenid.» *A prevenirlas*
Y á guerrear coléricos partieron.

V.

MARCHE DE NUESTROS EJÉRCITOS CONTRA LOS
FRANCESES.

Guerra, guerra sin fin al tirano;
A la guerra, feliz juventud;
Toda Francia redúzcase á llano,
Goce el mundo por tí la quietud.

Patricios, la gloria
Brilló de la España;
Volemos con saña,
Con gozo á vencer,
Victoria, victoria,
Plausible resena,
Victoria nos llena
De inmenso placer.

Guerra, guerra, etc.

Los grillos tenaces
Que vil, engañoso,
Feroz, ambicioso,
Nos puso el frances,
Rompimos audaces;
Audaces corramos,
Los grillos pongamos
Con furia á sus piés.

Guerra, guerra, etc.

A guerra nos llama
La patria en despecho,
Y guerra en el pecho
Comienza á gritar.
En guerra se inflama
El valle, la sierra,
Los vientos en guerra,
En guerra la mar.

Guerra, guerra, etc.

Mirad á la Francia;
¡Qué ufana, arrogante!
En ella se plante
De España el pendon.
Allí está la estancia
De infames ladrones,
Allí las traiciones
De Napoleón.

Guerra, guerra, etc.

¡Oís unas voces
Que dicen: «Volando
Venid, á Fernando
Valientes salvad!»
Corramos veloces
A darle sosiego;
Paris arda en fuego
Por su libertad.

Guerra, guerra, etc.

«Venid, hijos míos;
Valedme, que muero
Al bárbaro acero
Del déspota infiel.»
España, tus bríos
Concentra en Fernando,
Y muera rabiando
El monstruo eriel.

Guerra, guerra, etc.

Que muera su nombre,
Que caiga su tropa;
Extinga la Europa
La raza servil.
Maldito aquel hombre
Que no los persiga;
Que fiero no diga
Mil veces y mil:

Guerra, guerra sin fin al tirano;

A la guerra, feliz juventud;
Toda Francia redúzcase á llano,
Goce el mundo por tí la quietud.

IV.

Á MIS COMPAÑEROS (1816).

Figúrase la escena de esta oda en la batería del Fuerte-Boneta, des-
de donde, en días despejados, se vívise Sierra-Nevada.

Vuestro anhelo es Granada;
Granada vuestro afán y regocijo;
Y mientras el espíritu curioso
A su placer os lleva poderoso,
Elévase mi mente, recreada,
Un hijo suyo, un hijo,
Sus delicias y gloria, contemplando.
Granada..... Al pronunciar tan alto nombre,
Saluda el labio su fecundo suelo
Y reverente la cerviz se humilla.....

Reparad la Puntilla.....
Por ella en adelante
Con vista voladora,

Dulces amigos, empezad, salvando
La inmensidad del piélagos sonante.
Cual matrona de sí señoreada,
Yace acullá sentada,
Bajo esta playa del Olimpo oscura,
En cuya extremidad el mundo gira
Sobre su quicio eterno.
Su hermosa luz Hiperion retira,
Y con cetro glacial manda las nieves
El aterido invierno.

¡No veis el horizonte,
Donde la mar hinchada
Parece que, rugiendo destructora,
Acomete, se estrella
Y torna desbravada?
Entre aquellos espesos remolinos,
De niebla encapotados,
Con orgullosa majestad descuellan
Un prodigioso monte,
De raudos torbellinos
Ceñido en derredor, y de nublados.
En su aérea cerviz y altiva frente
La nieve persevera,
La nieve allí, que vió la vez primera
El género nascente.

Con soplo bramador Bóreas impera,
Quien, así que se enciende
Su formidable saña,
Se lleva estrepitoso las cenizas;
A su caída oprimen
La espalda de las próximas colinas,
Que al golpe enorme estremecidas gimen.
Allí el alado rayo se desprende,
Rompiendo atroz la cavidad interna,
Y el pavoroso trueno,
Que, con violencia extraña,
Se escapa de su seno,
De montaña en montaña va saltando,
De caverna en caverna retumbando.

Allí de linfa pura
Los ríos se abastecen,
Y á cada paso los arroyos saltan;
Arroyos que á porfía
¡Oh Pálas! te enriquecen,
Y á tí, padre, dador del alegría;
A tí de míes componen la corona,
Alma Cérés; con plácida verdura,
Con fruta, rosa y flor la vuestra esmaltan.
Oh Vertumno feliz, feliz Pomona.
Esposos envidiados,
Que al dulce amor rendidos,
Morais entre los cármenes floridos,
Morais en los vergeles encantados,
Con que *Sierra-Nevada*
A su ciudad amada,
Fausta ciudad que en su regazo abriga,
Regala poderosa
Y de bienes sin límite la llena.....

CORO.

Salve, ciudad amena;
Salve, ciudad famosa.

RECITADO.

De tí el vital aliento,
De tí el saber maduro,
Para ser el espléndido ornamento
Para ser de la patria firme muro,
Recibió en alba luz mi tierno *Rosa* (1),
A quien el hado fiero,
Cual á nosotros, sin piedad acosa.

CORO.

¡Ay! Salve, compañero,
Por siempre salve, Ilheri gloriosa.

Hos, Rosa, versículos, quo tu correptus eodem
Turbine, composui. Dulcis amice, vale.

ELEGÍAS.

I.

EN LA MUERTE DE LA DUQUESA DE ALBA.

La Duquesa murió. La luz brillante
Del astro de Alba entre ofuscadas nieblas
Se esconde; su semblante
Las gracias halagüeñas abandonan,
Y en torno la coronan
Sin fin amarillez, sin fin tinieblas.
Un ¡ay! continuo por su helado lecho
Va funebre sonando;
Y sus tiernos amigos,
Cubierto de dolor el triste pecho
Y á golpe tal atónitos quedando,
Con lúgubre silencio le rodean,
Con encendido llanto le humedecen.
Vanamente el espíritu desean
A su amiga volver: desconsolados
La llaman, no responde, y enmudecen;
Miranla, y desmayados
Su faz llorosa contra el lecho oprimen;
Otra vez vuelven á llamarla, y gimen;
Otra vez á mirarla, y desfallecen.

Cargada de tan ínclitos despojos,
Y el desmedido triunfo contemplando,
La muerte en tanto con serenos ojos
En los cerrados párpados descansa
De su víctima hermosa;
Y fiera y orgullosa
Se está regocijando
De ver el orbe ante sus piés temblando.
Murió, murió; tan flébilesacentos
De labio en labio vagan;
Veloces se propagan
De Madrid por los senos anchurosos;
Los encendidos vientos
Sus ecos lastimosos
Por la ancha Iberia aligeros difunden.
Todos á un tiempo de dolor se llenan
Cuando las voces de su muerte suenan.

Así cuando una nube tormentosa
En el Oriente cárdeno aparece,
Al recio soplo de los vientos crece,
Ensanchando su cerco pavorosa;
El trueno rueda; sin cesar serpea
El rayo, la febea
Antorcha se oscurece,
Rásgase en fin, y embravecida envía
Rayos, desolación y caudalosos
Torrentes, que á porfía
Chozas, rebaños, vegas arrebatan.....
Entónces los mortales
No hallan alivio en sus acerbos males.
Vuestra madre benéfica perdida,

(1) Don Francisco Martínez de la Rosa.

¡Qué será de vosotros, oh leales
Vasallos? Vuestra vida
¿Quién asegurará? ¿Quién vuestros hijos
Defenderá? ¡La paz y regocijos
De quién esperaréis? Ella viviendo,
La abundancia corria
Para adormir vuestras dolientes penas,
Para colmar de próspera alegría
Vuestra canosa edad. Ella viviendo,
Aherrojada en cadenas
En sus estados la opresion bramaba.
El huérfano afligido
Su madre la llamaba,
Su amparo el desvalido,
Su gloria el español; y cual si fuera
Su diosa tutelar, la agricultura
Sus dones imploraba,
Y enriquecida con sus dones era.

No ménos dolorosa
Imágen se presenta
En su amante familia desolada.
Por donde quiera que la vista ansiosa,
Por donde quiera que la planta lleve,
Todo es luto y dolor. Aquí, violenta
Agitación; allí, silencio horrible.
El ciego porvenir allá atormenta,
Y más allá se mueve
Confusa gritería,
Que se extiende y aumenta
Entre las sombras de la noche umbría.
Yo también, ¡ay! á quien piadoso el cielo
Dió que mi madre y mi esperanza fuese,
Y mi único consuelo,
La lloro, por mi mal arrebatada
En su más lleno día;
La lloro, y siento, al contemplar su muerte,
En la suya llorar la muerte mía.....

La hora llegó: con dolorido y fuerte
Són la campana á la mansion la llama
Del sempiterno olvido.
Aquí el llanto y gemido,
Aquí el dolor se inflama;
Clamores y querellas
Se alzan á las olímpicas estrellas.
Mustios, en esto, y en silencio grave
Entrando van en la temida estancia
Los que innúmeros pueblos señorean;
El llanto en abundancia
Corre sobre el cadáver, que rodean.
Se bajan, lo descubren,
Y al ver el rostro que encantó algun día
Por su vivacidad y su atractivo
Ora horroroso, y que al mirarlo aterra,
Gimiendo, el suyo con las manos cubren.

«¡Oh grandes de la tierra,
A cuya elevación el orbe estrecho
Parece; á cuyo nombre
Tiembra y se abate en su miseria el hombre!
En ese ya deshecho
Cadáver, de la hispana
Region un tiempo admiración y gloria;
En esa vuestra hermana,
Grande, grande también, que á confundirse
Va con el polvo en el sepulcro frío,
Contemplad vuestro sér y poderío.

» Sus altos timbres, su pomposo fasto
Y su fama admirada,
Que del ámbito hesperio
Más allá vuela y más allá retumba,
A ser vinieron miserable pasto
De la muerte feroz. Todo á su imperio
Invencible llevó; todo consigo
Cayó por siempre en la insaciable tumba.
» Tiempo será que á tan fatal abrigo
Llegueis, adonde eternamente se hundan
Los grandes potentados,
Y donde en lazo fraternal guardados
Señores y vasallos se confunden.
Ni brillo, ni exención, ni habrá grandeza
Que nuestra paz inalterable rompa.....
No hay tardanza, escuchad: la ronca trompa
Os llama con presteza.

¿Veis á la muerte cómo bate el ala
Y con pálida mano
A vosotros sus víctimas señala?
Aquí ese nombre vano,
Aquí ¡tristes! dejad esos blasones:
No son vuestros, no son; tan solamente
Es vuestra la virtud que allá se premia,
Y vuestras las espléndidas acciones.»
Temblaron á esta voz, desaparecieron,
Y sombra y nada en su grandeza vieron.
La quieta noche su enlutado velo
Dejó caer. Gozaba
El fatigado suelo,
Exento de pesar, el sueño blando.
El viento su ala recogido había,
Y en brazos de su amor tranquilo estaba
El bienhadado esposo reposando.
Sólo el Albano sucesor velaba
En su tierna agitada fantasía,
Mil funebres ideas revolviendo,
Y en todas partes viendo
A la infeliz Duquesa. De repente
Más que nunca se exalta;
De una deidad arrebatarse siente,
Y de su lecho salta.
Animoso, anhelante,
Sigue donde le guía
El celestial poder; toca, ignorante,
Unas bronceadas puertas,
Y al impulso menor hélas abiertas.
Se para, mira, escucha
Lo que él se finge, del temor vencido;
Por volverse hácia atrás dos veces lucha,
Y dos veces á entrar es impedido.
Con plantas desmayadas
Va trémulo bajando:
La lóbrega mansión, las abultadas
Sombras, la angusta majestad, el ruido
De sus piés, en las bóvedas sonando
Mayor entre el silencio comprimido,
Y el eco por los tímidos vagando,
Hiclan su alma medrosa.
De una pálida luz á los reflejos
Sigue, y alzarse una pesada losa,
Y luego incorporarse
A la Duquesa de Alba ve de lejos,
Asómbrase, el cabello se le eriza,
Ni hablar puede, ni huir, ni adelantarse.
Una voz cariñosa,
Acércate, le dice, y se estremece;
Otra voz imperiosa,
Acércate, le grita, y obedece.
Le toma de la mano, y ¡oh portentoso!
Empieza así con apacible acento:
«Atiende ¡oh sucesor de la que el mundo
Duquesa de Alba todavía nombra,
Y es sólo en este cóncavo profundo
Un nombre vano y fugitiva sombra!
Los sepuleros que miras,
Del feliz desengaño
La escuela son. Lo que en la tierra admiras,
Tantas armas y títulos pomposos,
Que tu ascendencia y mi renombre encumbran,
Son fuegos engañosos
Que nuestra vista y corazón deslumbran;
En humo se disuelven,
Y, oscurecidos, á la nada vuelven.
Dime, ¿qué me aprovecha
De mi engrandecimiento
El vuelo asombroso? ¿Qué mi fortuna
Y el ser de reyes mi gloriosa cuna,
Si al fin caí de mi elevado asiento
En esta tumba estrecha,
Donde por siempre las cenizas mías
Sepultadas están; donde descansan
Las de tu padre ya; donde las tuyas
Vendrán á reposar, en terminando
La rápida carrera de tus días,
Que ojalá vayas de virtud sembrando?
¿Saber deseas los heroicos timbres
De tus predecesores?
¿Los troncos? ¿Los árboles altivos

De tu genealogía? ¿Los colores
Que en campos de oro tus blasones cuentan?
Jamás en los recónditos archivos
Los busques; ni en palacios suntuosos,
Que pilares de mármoles sustentan
Y adornan geroglíficos inciertos:
Aquí los hallarás entre los muertos.
»Repara en esos mudos
Epitafios, repara en los escudos
Que los velados tímidos coronan;
Ellos tu origen y tu fin pregonan.
A ellos ¡oh niño! sin cesar pregunta;
Aquí el vivir por el morir se estima,
Y aquí el principio con el fin se junta.
»La muerte se sublima,
Con arrogante planta
Veneras y blasones destrozando,
Y su temible mando
De nuestras ruinas sin piedad levanta.
Lo que es y fué, lo que será, su imperio
Todo absorbe y sujeta;
Todo; mas todo á la virtud respeta.
»¡La virtud! ¡la virtud! Tu patria amada,
La religión sagrada,
La humanidad doliente,
Las ciencias y artes, del feliz reposo
Inagotable fuente,
En tí su generoso
Amigo, en tí su padre,
En tí su escudo y su columna vean;
Esta tu gloria y tus blasones sean.
»Encenderán tu alma
La serie esclarecida y numerosa
De *Silvas* y *Toledos*,
Ilustres con la palma
De la paz venturosa;
Ilustres en los bélicos denuados,
Imitalos, y adios.....»
. El niño siente
En la virtud su espíritu inflamarse,
Y *Silvas* y *Toledos* animarse
Todos en él. Con paso reverente
Sale, y entonces ella,
De su tan digno sucesor gozosa,
Diciéndole otro *adios*, eternamente
Enmudeció, se hundió, cayó la losa.

II.

EN LA MUERTE DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE
FERNANDINA, CONDE DE NIEBLA, HIJO PRIMOGÉNITO
DE LOS EXCELENTÍSIMOS SEÑORES MARQUÉS
DE VILLAFRANCA, ETC., Y DISCÍPULO MIO (1816).

«Al fin la parca impía,
Y el hado, de las glorias envidioso,
Mi próspera fortuna arrebataron,
Mis hechos, que asombraron
Desde do nace el día
Hasta donde su carro presuroso
Desata enardecido
El padre de la luz, todos cayeron,
Todos envueltos en la tumba fueron
Del grande *Fernandina*,
Mi digno sucesor. Reproducido
En él, en él mi prece y confianza
Depositó feliz: murió; termina
Mi dicha y esperanza,
Termina mi carrera triunfadora,
Y á su voraz imperio nos entrega
Airada Libitina.
»Si, ya murió: despliega
Tu rabia destructora,
Estúpida nación (1). ¿En quién contraste
Hallará tu venganza?
¿En quién poder que baste
A confundir tu desmedido orgullo?
Por donde fué tu infame cautiverio,
Ufana puedes levantar ahora
Un espléndido imperio,
Y de vil tributaria ser señora.

(1) Los marroquíes.

»Neptuno, que espumoso
De Calpe á Rusader (1) tu seno agrandas,
Encrespate furioso,
Con remolino y bramador estruendo;
Encrespate, en las playas españolas
Tus altaneras olas
Soberbio revolviendo.
Ruge; al cielo amenaza, al mundo atruena;
Hervidor y voraz abre tus simas;
Que rota la cadena
Que yo te puse, soberano mandas,
Mandas exento y libre
De que otra vez aprisionado gimas,
A quien propicia suerte
Dió tu furia domar, víctima yace,
Víctima triste de la fiera muerte,
Y yo con él....» Es fama que en hablando
Así *Guzman el Bueno*,
Cayó en la tumba, del doliente seno
Un ¡ay! prolongadísimo lanzando.

III.

AL MISMO ASUNTO.

Yaces ¡ay! oh discípulo querido,
En el sepulcro yaces ¡ay! postrado,
Así cual derribado
Por la saña de Bóreas inclemente
Arbol tierno de Pálas,
Cuando no bien sus galas,
No bien ostenta su pomposa frente,
Y agradecido al bienhechor, empieza
A premiar el solícito cuidado.....
»Ingenio malogrado,
Que en la risueña aurora de tus días,
De saber y virtud opimo fruto
En esperanza dieras,
Y de tus padres el encanto fueras,
Y fueras parte de las glorias mías!
Encanto y glorias que por fiel tributo
Lágrimas piden y dolor y luto.
»Oh cuántas veces, cuántas,
Tu perspicaz razón desenvolviendo,
Vi que con tiernas plantas
Hollaste generoso
El fausto y el estruendo,
Y de prócer el título pomposo,
Que el ignorante con asombro admira,
Que á tus iguales seductor deslumbraba,
Y de su vanidad en torno giraba
Y dije: «Aquí se encumbra
El ibérico honor; aquí se inflama
La vivífica llama
Que la patria en el pecho
Infundió de Guzman; aquí animado
El venerable Palafox respira;
Respira satisfecho,
Y en su más alto punto,
El paternal candor jamás turbado:
Este, abuela, el traslado,
Este, madre, el trasunto
Fué de vuestra virtud, fué del talento,
Que la fama llevando por el orbe
Sobre las alas va del raudo viento,
Ya ni le sobras (2) tú, ni tú le alcanzas.....»
»Hermosas esperanzas,
Que cual etérea exhalación lucieron,
Y muy más que relámpagos veloces
Para nunca tornar desaparecieron!
»Y vive larga edad el delincuente
Gozándose en sus crímenes atroces!
»Vive para tormento
Del justo, para oprobio
De la sagrada humanidad doliente!
»Vive, y el cielo su vivir consiente!
»¿Quién, al ver los mortales

(1) Antonino en su *Itinerario* llama á Melilla *Rusader*; Plinio,
Rusadir; Tolomeo, *Russadir*. — Calpe es Gibraltar.

(2) Sobras está usado aquí en el sentido de *sobrepajas* ó *aventajas*.
(Nota del Colector.)

Esclavos, abatidos
A la tirana voz de sus pasiones,
No esquivas lo terreno,
No elevas los sentidos,
No gimes por las célicas mansiones,
Mansiones eternas,
Donde, ahuyentada la ficción, de lleno
Esplende la verdad? Francisco, el mundo
No fué digno de tí; su falso brillo
Tu corazón sencillo
Desdeñó; desdeñaronle tus ojos,
Y dejando alentado
De la carne los miseros despojos,
Con vuelo arrebatado,
Allá te alzaste donde
En estable bonanza
Quietud y bienandanza
Y santo gozo de consuno habitan;
Do ni pasiones penetrar pudieron,
Ni el mundano jamás; te alzaste donde
Sin fin las puras almas
Rebosan de placer, de amor palpitan,
Y la virtud á la virtud responde.
»Mil veces, bienhadado
Francisco, tú, que en la estrellada altura,
De tus progenitores rodeado,
Gozas de su presencia en paz segura
Y ¡ellos también dichosos,
Que con la amable tuya se recrean!
Solícitos, ansiosos,
Después que complacidos
De su larga progenie se informaron,
Del bajo mundo conocer desean
Los hechos por la fama ennoblecidos;
Los hechos que á sus ínclitos autores
Del olvido y la muerte libertaron.
»Ay, cuánto desconcierto! ¡Qué de horrores
Les contarás! ¡Qué males!
Los miseros mortales
Por innumerables vías agitados:
De la prostitucion al carro atados
Unos; otros hinchándose engreídos
Al soplo del favor; allá pugnando
Por sostener la libertad amada,
Y á su opresor, para oprimir, vendidos;
La horrible tiranía
Sobre Firenealzada,
La bélica bandera tremolando,
Y unas con otras en mortal porfía
A las naciones todas concitando;
En guerra y destrucción todas ardiendo;
En el augusto trono
De la verdad y la virtud, sentada
Con su hermano el error, la hipocresía;
En implacable encono
La envidia contra el mérito ensañada,
Doquiera amenazando,
Doquiera persiguiendo,
En sangre tinta y en horror hirviendo.
Por último, la suerte desgraciada
De tu maestro amado.....
»Oh tú, que, coronado
De estrellas refulgentes,
Con ánimo sereno
Bramar la tempestad, rodar el trueno
Bajo tu planta sientes!
A par de tí nuestra mansión prepara,
Que de esta sociedad tan corrompida,
De todo bien avara,
Bien pronto romperemos
Los vínculos y lazos,
Y á tus amables brazos
Con alas agilísimas iremos,
Allá do, en compañía
De tus progenitores,
Léjos del mundo infiel y sus errores,
Eterna primavera, eterno día
En paz inalterable gozaremos,
Nuestra ventura sin cesar cantando,
Y con sus ecos el celeste alcázar
Nuestra ventura sin cesar sonando.

IV.

Á M. S. D. G. P. (1).

Ya por tercera vez Abril pomposo
 Cubre con verde manto las campiñas,
 Y Flora con sus dones, sin que tengan
 Alivio ni esperanza mis desdichas.
 Sólo en mi queda el bien, que nunca, nunca
 Arrancarme podrá la tiranía
 De un alma libre y pura: tal tesoro
 Que el justo aprecia, y que la vil malicia
 Burla orgullosa en su sangriento triunfo,
 Mis ayes templa, mi pesar suaviza.
 Si, amiga, mi alma es libre: allí no alcanza
 Del opresor la saña, ni domina
 De infiel soldado el mercenario acero,
 De juez venal la lengua corrompida,
 Traidor halago de opulento esclavo,
 Vano terror de infame hipocresía.
 Ella en recreo mi prision convierte;
 Ella mi padecer trueca en delicias;
 Ella también, al áspero sonido
 Que, incesante, mi oído martiriza,
 De martillos, cadenas, grillos, yunque,
 Su horror ahuyenta y su dureza quita.
 Ella el escaso y misero alimento
 Con que sostengo la causada vida,
 Vuelve en manjar sabroso, sin que pueda
 Del magnate envidiar la mesa opima.
 Ella mis soledades acompaña,
 Y de ella espero aliento, si algún día
 Se embratece la suerte, y es forzoso
 Tender el cuello á la servil cuchilla.
 Mas ¡ay! que al fin soy hombre, soy sensible,
 Y mil tristes ideas atosigan
 El espíritu á ratos; pues si dócil
 A sus propias desgracias se resigna,
 Desmaya, cae, sucumbe, repasando
 Los perdidos desvelos, las fatigas
 Con que los padres de la incauta España
 Darla esplendor y libertad querían.
 Y ¡qué pecho de bronce no se afige,
 Qué ojos habrá que el llanto no derrita,
 Qué estóico corazón no se estremece,
 Qué cabello en la frente no se eriza,
 Cuando la acerba reflexion asalta
 Qué es hoy la España, y lo que ser podría?
 Sabia, apacible, respetada, fuerte,
 De amigos protectora; sostenida
 En el cimiento de las leyes justas
 Mi engañado deseo me la pinta.....
 Y luégo..... ¡oh Dios!..... ¡qué veol.....
 Abre furiosa sus entrañas mismas.
 ¡Qué ciego frenesil! ¿contra quién vuelves
 Tu infernal rabia? ¿Quién te precipita
 A clamar por la gótica cadena?
 ¿Quién de tu propio bien te hace enemiga?
 ¿Cómo contemplas con sereno rostro
 Los negros calabozos en que abisma
 La tiranía á tu senado angusto?
 ¿Qué te aprovecha, si esforzada evitas
 Del verdugo de Córcega el azote,
 Si siempre fué tu afán vivir cautiva?
 ¡Desventurada España!..... En vano vuelves
 Al bien perdido la turbada vista,
 Y tu cadena muerdes; pues redobla
 Su duro peso tu inquietud tardía:
 Tal la robusta fiera, que en las selvas
 Libre vagaba, si su cuello liga
 Al fuerte lazo, que atrevida mano
 Del cazador armó; por más que en ira
 Ardiendo ruga, y el desierto aterra,

(1) Entre algunas copias de poesías conocidas de SANCHEZ BARBERO, hechas de mano de su amigo el doctor don Pedro Antonio Marcos, se halla la presente elegía. Esta circunstancia, unida á la de hallarse estas copias entre los manuscritos poéticos de SANCHEZ BARBERO que tuvo la bondad de franquearnos su malogrado pariente el señor don Julian Sanchez Ruano, nos parece fundado indicio de que esta obra, que no conocíamos, sea parto del célebre humanista salmantino. Por eso no titubamos en darla á la estampa en este lugar. (Nota del Colec.or.)

Más estrecha el dogal que la asesina.
 Así la patria á veces contemplando,
 Miro en su seno: luégo se desvia
 Mi mente á meditar que su potencia
 Padece en lo exterior igual caída;
 Que es compasión de las naciones grandes,
 De su industria y sus artes granjería;
 De sus plumas ludibrio; y más que todo,
 De la avara Albion desprecio y risa.

En las terribles horas que este cuadro
 Mi alma perturba y mi poder agita,
 Aléjase de mí toda esperanza,
 Y estúpido pavor me petrifica.
 Mas no creas por eso que, insensible
 Y apático mi pecho desestima
 Lo que en mi alivio á su amistad ardiente
 El deseo del bien piadoso dicta.
 Tu bondad me es preciosa: ella derrama
 Bálsamo puro en mi mortal herida;
 Eterna fama tu virtud corone;
 Y si la edad presente sólo abriga
 Delitos, sólo á la perfidia ensalza,
 Y á la lealtad con insolencia humilla,
 Otra sucederá que á las virtudes
 La verdad inmortal haga justicia.
 En ella el nombre hermoso de G.....
 Que hoy escondido en la memoria gira
 De los que en grillos abatidos yacen,
 Sea un objeto de gloriosa envidia:
 El patriótico labio con deleite
 Le pronuncie; la amable poesía
 Le haga sonar, y su armonioso metro,
 Llenando el aire de gozosos vivas,
 De la belleza las sonoras lenguas
 Al oído español siempre repitan.

SILVAS.

I.

AL SOL,

CON MOTIVO DE LOS DIAS DE MI BELINDA (1816).

Vuelves, ¡oh padre de la luz! el día
 De mi adorada amante
 En tu carro brillante,
 Trayéndome otra vez: el alegría
 Difunde por decir tu rico manto,
 Y al júbilo se entrega
 El espacioso mundo.....
 No soy lo que solía;
 Del horror, del quebranto
 Héme deshecho, misero; y yo solo
 Mis mejillas en lágrimas inundo.
 A mi tu fausto resplandor me ciega,
 Y en vez de saludarte enajenado,
 Tu presencia, tu luz, gentil Apolo,
 Maldigo despechado.
 Si tu giro anual, si tu hermosura
 Otro tiempo solícito esperaba,
 Y ledito te cantaba
 Al dulce són de mi templada lira,
 ¡Oh Febo! ya me ofendes;
 Tu carrera apresura,
 Léjos, léjos de mí tu luz retira,
 Con que agravas mi mal, mi pena enciendes.
 Allí tus espumantes
 Caballos voladores
 Dirige, donde gocen los amantes
 En plena libertad de sus amores.
 Ellos con inquietud tu vuelta aguardan,
 Ellos tu vista con placer admiran.
 Allí deten tu vuelo;
 Dáles que en paz su anhelo
 Y entre sus brazos la pasión halaguen;
 Que renueven su amor, amor respiren,
 Y que en amores ardan;
 Que más y más se llaguen

Con plácidas caricias,
 Y cuando al colmo de su fuego lleguen,
 En un mar de delicias,
 Cual tú con Clície, sin temor se aneguen.
 Ellos ¡oh soll tu gloria,
 La encantadora cítara pulsando,
 En himnos suavísimos levanten,
 Su dulce fuego canten,
 Canten de amor la espléndida victoria.
 Y en tanto que horroroso,
 Que bárbaro me aqueja
 Mi destino, en presidio pavoroso
 Mis penas aumentando,
 Brillante Febo, deja
 Que tu luz esquivando,
 Mi pasión en tinieblas me devere,
 Y mi perdido amor, perdido lloro.

II.

DE BELINDA.

PLEGARIA Á LA LUNA.

Entre los altos muros
 De la breve Melilla aprisionado,
 Por la mar estrechado,
 Con pasos mal seguros,
 De los traidores mauritanos tiros
 Huyendo amedrentado,
 ¿Quién á Belinda llevará clemente
 Los débiles suspiros
 Que en tu porfía ardiente
 ¡Oh corazón! exhalas?
 Amor, amor, que igualas
 A todos en tu pira; amor, no huyas,
 Si fuiste la deidad de mi deseo,
 Ni de cobarde mi pasión arguyas.
 Para volar á mi adorada amante
 ¡Ay! préstame tus alas,
 O las tuyas, Perseo,
 O, Dédalo, las tuyas.
 Nadie me escucha; sólo
 En la extensión del mar y de la tierra,
 En despechada guerra
 De mi constante amor favorecido,
 Contra todos peleo,
 Y contra mí también. El yerto polo,
 Por mi amor encendido,
 Amores brotará; tu dulce nombre,
 Oh sin igual Belinda,
 Tiempo será que al mundo
 De admiración asombre;
 Será que con profundo
 Respeto exclame: « ¡Venturoso fuego!
 ¡Venturoso el mortal á quien se rindió!
 «Yo soy, responderé; mi amor corona,
 Arde por mí: la cautivé; cautivo
 Yo de su amante corazón y ciego,
 Por ella moriré, por ella vivo,
 Y alegre Citea
 Nuestra pasión abona.
 Ella la pena mia
 Suave lisonjea,
 Mi compañera siendo,
 Mi luz, solaz y guía.
 De mi presidio horrendo,
 Sin que el terror lo vede,
 Me saca poderosa,
 Me lleva á su mansion, y cariñosa
 Gozar de sus amores me concede
 En plena libertad.....» Benigna luna,
 Que de apacible luz al mundo llenas,
 Las sombras ahuyentando,
 Y con tu rayo blando
 Los vientos adormeces,
 El suelo animas y la mar serenas:
 Si no fuere mi súplica importuna,
 Si mi afán, compasiva, favoreces,
 Tú, que viéndolo estás, mi fe, mis penas
 ¡Ay! con un rayo de tu luz dirige
 Á la querida mia,

II, Ps. XVIII.

Y á mi la dura angustia
 Que su agitado corazón affige,
 Sus lágrimas y amor, hermosa Febe,
 Con otro rayo de tu luz envía.
 Mira mi faz descolorida y mustia,
 Mira mi rostro, de llorar surcado.
 Acuérdate, Latonia, cuando amabas,
 Y en tu carroza leve,
 En Látmos encumbrado,
 Fogosa descendías,
 Al tésaló pastor adormecías,
 Y en tiernos besos de su amor gozabas.
 Endimion, apiadado,
 Conmigo, Cintia, tu favor implora.
 ¿Y negarte podrás?..... Tu número siento,
 ¡Deidad consoladora!
 Que en éxtasis glorioso
 Mi fatigado espíritu recrea.
 ¡Oh, salve! Y al momento
 El rayo más lustroso,
 El rayo más veloz, de mi embajada
 El fiel ministro sea,
 El fiel ministro que mi amor envía.
 ¡Ah si lo fuera yo, Belinda mia!
 Serénela agitada
 Y su dolor consuele.....
 ¿Qué tardas, oh deidad? Tu rayo envía,
 Y á mi prision con la respuesta vuela.

EPÍSTOLAS.

I.

CONTESTACION A LOS VERSOS DEL NÚMERO 4
 DE *El Conciso* (30 DE AGOSTO).

Ann doloridas de correr mis plantas,
 Y mi toscó sayal enjuto apenas
 Del hábito del piélago espumoso,
 ¿Quieres que torne á la apolínea arena?
 ¿Quieres que temple la sonora lira,
 Que un tiempo allá en sus márgenes risueñas
 Propicio Manzanares escuchaba,
 Escuchaban los ámbitos de Hesperia,
 Y que los héroes de mi patria canté?
 ¡Ay, apacible amigo, qué diversas
 De las pasadas son aquestas horas!
 La soledad callada, la serena
 Concordia, la adorada mediania,
 Y la amistad, de adulacion exenta,
 Mi musa á los cantares excitaban,
 Mi humilde musa, embebecida en ellas.
 Aquel tiempo voló; sobre mi frente
 La tempestad de la opresion horrenda
 Rompe; avaros satélites me asaltan,
 Ensangrentados sables me rodean.
 «Prision», grita una voz, voz que aún ahora
 En mis oídos con espanto suena.
 Entré donde tu rayo rubicundo
 Jamas ¡oh padre de la luz! penetra.
 El continuo batir de los cerrojos,
 El encono, el terror, la macilenta
 Sañuda faz del sórdido *Satini* (1),
 El cadalso á mi espíritu presentan.
 ¿El tuyo acongojado se estremece?
 Aun esto es poco; en la mansion estrecha
 Donde acaban terrestres esperanzas,
 Nueve infelices á morir se encierran.
 Yo sus cortados trémulos sollozos
 Trémulo percibí. ¡Qué ruido! Llegan
 Los ministros de Dios, consoladores,
 Que abren del cielo las angustas puertas,
 «Muerte, perdón, pequé», son los acentos
 Que, unidos al crujir de las cadenas,
 Por el recinto del dolor retumban,
 Retumban ¡ay! y de pavor me hielan.
 Parten. «El cielo vuestro esfuerzo aliente,

(1) Comisario de policía de Madrid.